

Diálogo con Adam Smith

Josué Sáenz

Festejé en Edimburgo el inicio de 1993 en compañía de amigos economistas. La mañana siguiente, todavía saturado de whisky escocés, salí a caminar. No lejos del hotel topé con una estatua cuya placa dice ADAM SMITH 1723-1790. Levanté la vista hacia su adusta cara y con mis ojos oí su voz:

Adam Smith: Si te has detenido ante mi estatua sospecho que serás otro economista despistado. Por tu facha aztecaide deduzco que eres mexicano ¿Qué haces aquí?

Josué Sáenz: Tienes dos siglos inmóvil en tu pedestal, y seguramente habrás oído opiniones de los muchos economistas mexicanos que te han visitado. ¿Qué han dicho de México, del mundo y de ti?

A.S.: Mi experiencia con tus paisanos ha sido desconcertante. De 1970 a 1988 temblaba yo al oír español matizado con la inconfundible inflexión mexicana. Se detenían para insultarme en lo personal, o llamarme libre mercadista agente de las transnacionales. Otros me tildaban de enemigo de los trabajadores o imperialista. Varios pintaron graffiti acusando a mi madre de practicar una antigua profesión. No faltaron algunos que una noche jubilosamente defecaron sobre mi estatua. Afortunadamente en Escocia llueve mucho... Pero en 1988 intuí que había llegado a la presidencia de México un economista neoliberal, porque la actitud de los mexicanos súbitamente se volvió amistosa.

J.S.: ¿Qué cambios notaste después de 1988?

A.S.: En sus comentarios me atribuían la paternidad, o cuando menos la deificación de la "economía de mercado" y el "libre comercio" que necesita el mundo. Otros decían: ¿Qué bueno que México sale del estatismo, dirigismo y populismo que tanto lo han dañado para seguir ahora las doctrinas sensatas de este gran hombre! Tú eres el primer mexicano que me visita en 1993, y espero que la inquietud que veo en tu rostro no indique otro cambio. No sé si vienes a increparme o halagarme.

J.S.: Ni lo uno ni lo otro, Adam. Simplemente quiero preguntar si en los 217 años transcurridos desde que publicaste tu *Riqueza de las naciones*, las transformaciones mundiales y los comentarios que has oído de los economistas que se han parado ante tu monumento, han cambiado tus ideas o quisieras agregar algunas recomendaciones específicas para los países aún subdesarrollados.

A.S.: Cuando empezamos a dialogar te dije que probablemente eras uno más de los "economistas despistados" que han pasado por aquí.

J.S.: Me extrañó tu calificativo y estuve a punto de dar por terminada nuestra conversación. ¿Por qué nos llamas "despistados"? ¿Acaso no somos del mismo gremio?

A.S.: En primer lugar: no soy economista. Fui catedrático de filosofía y lógica en las universidades de Oxford, Glasgow

y Edimburgo, que está aquí enfrente. Pero jamás di o tomé un curso de economía. Yo me considero filósofo moral. Adquirí cierta fama intelectual cuando en 1759 publiqué la *Teoría de los sentimientos morales*. En ese libro establecí mi posición ética respecto a las obligaciones entre individuos. Afirmé que había que promover el bienestar general, pero que los fuertes y afortunados tenían obligación de ayudar a los débiles. También expuse la responsabilidad moral del Estado de auxiliar a los pobres y nivelar la desigualdad social. Desgraciadamente pocas personas hoy leen mi obra básica. Me juzgan sólo por lo que escribí, o creen que escribí, en la *Riqueza de las naciones* diecisiete años después. Por ello muchos me consideran economista y, lo que más me duele, desalmado e insensible a las necesidades de los pobres. Creen que sobrepongo la eficiencia económica a la funcionalidad social. Te repito, y ojalá lo reiteres ante tus colegas mexicanos, que tengo muchos pecados de que responder ante Dios, pero no el de ser economista. Fui y soy filósofo moral.

J.S.: Ahora sí me has confundido Adam. ¿Qué la *mano invisible* de la economía de mercado no basta para lograr el progreso y el bienestar común?

A.S.: Sostengo que la mano invisible es útil, sensata y hasta inexorable, pero no llega a todas partes y necesita ayuda de las muchas manos visibles del Estado. En mis años sobre este pedestal he visto de todo: revoluciones y guerras, depresiones y hambrunas —pero también muchos éxitos económicos y progreso general. He escuchado las teorías económicas más exóticas y descabelladas y las aburridamente ortodoxas. Pero me preocupa que pese a tantos enfoques distintos aún existan países subdesarrollados que no han podido incorporarse íntegramente al progreso. México es un caso que llama la atención. Mejor sería hablar de dos Méxicos: el modernizante y el rezagado.

J.S.: Estamos de acuerdo, Adam, pero quisiera preguntar ¿qué sugieres hacer ante esta realidad no sólo mexicana sino de buena parte de América Latina? ¿Debemos abandonar tus ideas sobre las bondades de la economía de mercado? ¿Habrá que recurrir nuevamente al estatismo para atacar nuestros angustiosos problemas macrosociales y prevenir las explosiones políticas que amenazan?

A.S.: Hubiera querido en vida agregar unos capítulos a mi *Riqueza de las naciones*. No me gusta usar términos afrancesados, pero creo que *laissez faire* —dejar hacer— describe mi idea básica de que el mercado competitivo, libre, amplio y fluido es la mejor manera de lograr racionalidad en el uso de los factores de la producción. Capta la idea central de la *Riqueza de las naciones*. Pero el libro tuvo tal éxito que me volví "best seller". Abundaron los homenajes, los premios, las invitaciones a conferenciar y pese a mi modesto origen se me abrieron las puertas de la alta sociedad. No tuve tiempo

de escribir los capítulos adicionales. Para colmo fui cooptado por su majestad el rey, quien me nombró lo que ustedes llaman director de Aduanas. Esto no sólo secó mi pluma sino que calló mi voz. Un consejo, amigo mexicano: si quieres pensar libremente nunca te dejes cooptar —aunque la aduana sea muy importante y los ingresos tentadores.

J.S.: Entiendo lo que te pasó en la vida real, Adam. Pero tantos años después de muerto supongo que habrás recuperado la libertad de pensamiento. Dime ¿Cuáles son los capítulos que hubieras agregado a tu *Riqueza de las naciones*?

A.S.: Siguiendo con los términos francesados el primer capítulo adicional se titularía *aider a faire* —ayudar a hacer—. Estoy enterado de lo que en México hacen Nacional Financiera y la banca de desarrollo. Ayudan a que la libre empresa (sobre todo la micro, la pequeña y la mediana industrias que carecen de recursos) pueda progresar. Pero auxiliar a lo que ya existe no basta ante los problemas de fondo, históricos y solidificados, de México.

J.S.: ¿Entonces falta algo más positivo?

A.S.: Sí, me hubiera gustado agregar otro capítulo que titularía *pousser a faire* —empujar a hacer—. En los países poco desarrollados muchos individuos están entrapados en tradiciones de autoabasto, ritos y diversas formas de aislamiento geográfico, económico y social que les impiden participar en la economía de mercado. Falta reforzar el concepto de empresarización, y aplicar una política activa de desmarginación y fomento.

J.S.: ¿Qué otras cosas habrías agregado a tu *Riqueza de las naciones*?

A.S.: Me hubiera gustado enfatizar la dependencia mutua o simbiosis entre el libre comercio, economía de mercado, educación y democracia política. Pero sobre todo reconozco que debí escribir sobre la prioridad de extender las áreas de acción del mercado interno. El mercado no puede beneficiar a quienes no forman parte de él. Mi joven amigo David Ricardo recalco en 1817 la necesidad de maximizar el bien común ampliando las áreas de intercambio mediante el libre comercio entre naciones. La situación del México actual, y de muchos países subdesarrollados, me ha convencido de que la economía de mercado aún no opera internamente dentro de toda la extensión de su propio territorio. Grandes grupos sociales aislados no transmiten ni reciben las señales del mercado. Son un potencial desperdiciado. Prueba de ello es el nuevo fenómeno surgido en América Latina: la economía paralela. Antes era subterránea pero hoy es ostentadamente visible y no tiene nada de informal. Esta realidad, particularmente notable en Perú y México, ha sido una forma de sobrevivencia para la población excedente y los grandes grupos subeducados que no encuentran acomodo en la economía de mercado nacional o internacional. La economía paralela resuelve cuestiones de urgencia para muchos, pero tiene en la práctica el tremendo inconveniente de autoperpetuarse. Se nutre más de la venta de productos extranjeros importados clandestinamente que de la industria nacional. Los vendedores obtienen ganancias que les permiten sobrevivir en un mar de desocupados, pero sus ingresos sólo en pequeña parte se reciclan dentro del país. La nueva economía paralela no retroalimenta a la economía nacional; sobrealimenta dragones y tigres transpacíficos.

J.S.: Entonces, Adam, ¿sería válido concluir que tú hoy

consideras que la economía de mercado sola no puede resolver los problemas del subdesarrollo histórico?

A.S.: Para mí no hay duda. Los países que en mayor grado se han regido por una economía libre tienen los niveles de vida más altos. El colapso del muro de Berlín y la desaparición de la cortina de hierro nos han permitido ver que las alternativas estatistas y dictatoriales, burocratizadas y excluyentes de la empresa individual, tienen más defectos que la economía de mercado. No podemos ocultar la realidad histórica: la división del trabajo y la especialización, la tecnología e ideología de mercado no pudieron cruzar las fronteras de muchas naciones. Lo que no es tan obvio es que tampoco han permeado internamente en países subdesarrollados. Yo hubiera concluido mi *Riqueza de las naciones* con la exhortación a usar el mercado para señalar rumbos y determinar precios, pero complementarlo siempre con una acción estatal para incorporar pronto a la economía funcional a todos los marginados —sean subeducados o desocupados, incomunizados geográficos o etnias rezagadas—. Me duele ver esta riqueza potencial desperdiciada, y que no se reconozca la necesidad de una política de desmarginación afirmativa. Recuerda que ninguna de las naciones hoy ricas logró su sitio sólo por el libre juego de las "manos invisibles". Monopolios e imperialismo, proteccionismo, patrocinio oficial, subsidios, todo ha jugado un papel en su desarrollo. Hoy tenemos el nuevo ejemplo de los países asiáticos. Su norma es: mercado sí —pero también financiamiento selectivo, política industrial positiva, educación básica de masas junto con educación enfocada a eliminar lagunas tecnológicas precisas. La riqueza de las naciones depende a la larga del mercado, pero a la corta hay que ayudarlo.

J.S.: Se te acusa, Adam, de que enfatizaste mucho lo que hoy se llama microeconomía y te olvidaste de la macroeconomía. ¿Me podrías decir algo al respecto?

A.S.: En 1764, aburrido de dar cátedras de lógica y filosofía moral, fui de vacaciones a Francia. Mi mente esbozaba ya ideas para la *Riqueza de las naciones*. Pensaba en la economía en su totalidad y en las ventajas de lograr el bien común a través del uso más eficiente de los factores de la producción dentro de cada país y en la economía global. En cierta forma pensaba en conjuntos. Conocí en París a François Quesnay, famoso por haber sido el primero en diagramar la circulación de los ingresos y gastos en la economía. Fue el primer "economodelista". Con mucho orgullo me mostró un esquema complejo que él llamó *Tableau Economique*. Tuvimos dificultad para entendernos porque mi francés es pésimo y su inglés me era incomprendible. Afortunadamente pudimos comunicarnos en español. Él me explicó su modelo de flujos y me dijo que eso era "macro-economía" —la circulación repetitiva de los grandes agregados económicos. Su diagrama era tan complejo y tenía tantos zigzagueos que pronto me perdí. Sospecho que él también. Me limité a decirle, en español, que en vez de bautizar aquello como macroeconomía debería llamarse *marcoeconomía*, puesto que yo consideraba más importante la suma de los muchos pequeños eventos microeconómicos dentro del marco, que el marco mismo. Continuamos nuestro diálogo sin entendernos porque parecíamos dos Pigmaliones enamorados cada cual de su respectiva creación.

J.S.: Pero ahora, 200 años después, ¿sigue sin creer en la macroeconomía?

A.S.: La microeconomía es indispensable para obtener el máximo de producción con el mínimo de gasto. Pero las muchas depresiones, incluyendo la que hoy padecemos, me han convencido de que la economía de mercado carece de un mecanismo que garantice el mantenimiento de la demanda total o compense las variaciones externas. En el siglo XVIII hubo repetidos colapsos económicos, que atribuimos a las guerras o catástrofes naturales esporádicas. El fenómeno que hoy llamamos ciclos económicos de prosperidad y depresión no comenzó a ser claro hasta el siglo XIX y se agudizó en el XX. Hoy, gracias a los herejes como Keynes, acepto que la economía de mercado tiene tendencias intrínsecamente inestables, autoacelerantes hacia arriba y hacia abajo, autocontaminantes, que necesitan corrección mediante políticas macroeconómicas que establezcan la demanda total. La realidad ha demostrado también que el desarrollo económico para los países rezagados no llega solo; y que urge promoverlo activamente. Si esto es macroeconomía, bienvenida. Pero además andan sueltos en el mundo varios monstruos que no existían en mi época. Ustedes los vivos los han engendrado y ustedes tendrán que matarlos.

J.S.: Me alarmas, Adam. ¿Cuáles son estos monstruos que nos amenazan?

A.S.: El más terrorífico es el demográfico. El crecimiento poblacional en los países subdesarrollados devora no sólo alimentos y agua, sino absorbe el poco ahorro interno que generan sus economías y que podría ser base de su capitalización y desarrollo. El segundo monstruo es el ecológico —el agotamiento de recursos naturales renovables y no renovables, la contaminación de aguas y aires, la acumulación de desechos. Pero el monstruo más imponente es el estancamiento económico. Tiene dos caras, el atraso tecnológico respecto de otros países y la pobreza histórica o estructural que no desaparece sino que se recicla generacionalmente.

J.S.: ¿Quiere esto decir, Adam, que consideras que la economía de mercado es en sí insuficiente para resolver los problemas reales de los países menos desarrollados?

A.S.: Ante esta estatua he oído los comentarios de muchos economistas, tanto herejes como ortodoxos. Los ortodoxos como Hayek y Friedman insisten en que la economía de mercado sin intervención del gobierno es la que tiene mayor probabilidad de aumentar la riqueza de las naciones. Pero la historia y los herejes también tienen lo suyo. Uno que me impresionó fue Keynes, quien afirmó que en ciertas condiciones la economía podía funcionar por períodos largos con menos de ocupación plena. Keynes pensaba principalmente en las economías industriales avanzadas. Pero curiosamente la tesis keynesiana de economía con desocupación y marginación permanentes se aplica más a los países subdesarrollados que a los avanzados. En el mundo en desarrollo la desocupación permanente y la marginación se autoperpetúan. La pobreza no desaparece —se regenera. Otro hereje que me impresionó, una de cuyas tesis tiene especial relevancia para los países subdesarrollados de hoy, fue un joven barbudo alemán que con el nombre de Karl Marx vino a escribir libros aquí en Inglaterra porque en su país natal no lo aguantaban. Marx era un economista poco distinguido que elaboró una ingenua teoría monofactorial de la producción. Tuvo que pedir ayuda a Engels y Kautsky para terminar su gigantesca obra *El Capital*, y el tercer tomo que ellos escribieron resultó el

más importante. Pero como orador me impresionó. Aquí, ante mi estatua, estuvo en abril de 1856 practicando en voz alta un discurso que pronunciaría días después en Londres. Sus palabras premonitorias retumbaban aún en mis oídos:

Hay un hecho sobresaliente de nuestro siglo XIX que ningún partido político osa negar. Por un lado se han insertado en la vida nuevas fuerzas industriales y científicas insospechadas en cualquier época anterior de la historia humana. Pero a la vez existen síntomas de estancamiento y deterioro que sobrepasan los horrores de antaño.

Estas palabras de Marx han adquirido relevancia para los países subdesarrollados de hoy y del siglo XXI.

J.S.: ¿Qué sugerencias concretas le harías al futuro presidente de México?

A.S.: Los comunistas se pasan la vida pronosticando el inevitable colapso del capitalismo y su economía de mercado —y el triunfo del estatismo. Pese a su teoría económica, la alternativa comunista, supuestamente inevitable etapa post-capitalista, triunfó en países subdesarrollados de Europa y África, de Asia y uno que otro de América. El marxismo tuvo el camino más abierto en los países precapitalistas que en los avanzados. No sé qué pasará en el futuro, pero debemos ser escépticos cuando alguien habla de "inevitabilidad". El hombre siempre ha triunfado sobre un supuesto materialismo histórico o una imaginaria predestinación económica. Por lo tanto mi primer consejo a un futuro presidente de México sería no creer en la predestinación, ni en la inevitabilidad, ni en el apocalipsis o el determinismo económico.

J.S.: Pero con o sin economía de mercado todavía hay enormes diferencias de desarrollo entre los países. ¿Qué conclusión sacarías?

A.S.: El segundo consejo sería que la evolución mundial nos señala que el mercado solo no basta, *en el tiempo disponible*, para eliminar barreras estructurales al desarrollo. Pero la evolución de muchos de los nuevos países nos debe indicar que los problemas de México, serios como son, pueden ser resueltos usando las políticas adecuadas, eclécticas, que están a nuestro alcance.

J.S.: Me intriga que hables "de políticas de desarrollo "eclécticas". ¿Podrías aclarar un poco el concepto?

A.S.: Me extraña que un mexicano haga esa pregunta. Tus ancestros prehispánicos tuvieron una excelente idea. Tenían dioses especializados en distintos problemas. Había un dios para la lluvia, otro para la fertilidad, otro para la guerra y algunos más que no recuerdo. Según el problema social del momento acudían al dios adecuado. Nunca creyeron en el monoteísmo. Ahora, ante los problemas variados que tenemos, conviene seguir el ejemplo de los prehispánicos y prescindir de dioses únicos. El peor error que puede cometer un gobierno es practicar el monoteísmo económico —usar el mismo dios para tratar de resolver diferentes problemas—. En los dos siglos que llevo aquí, me he dado cuenta de que ninguno de los dioses económicos es apto para todos los tiempos y todas las épocas. Quizá Marx haya sido un dios útil en un momento, pero su adoración prolongada llevó a buena parte de los países socialistas al fracaso. En la gran depresión de 1929 y la postguerra Keynes y los expansionistas también tuvieron su momento como dioses, pero tampoco fueron

útiles indefinidamente. Ustedes en México han tenido de todo, un verdadero arsenal de ídolos, dioses y profetas de dónde escoger. Lo único imperdonable en la política es la persistencia en el error.

J.S.: ¿Cómo ves el momento actual de México, y qué dios o dioses recomendarías a nuestro futuro presidente?

A.S.: En los últimos cinco años el gobierno mexicano ha tenido como dios a Milton Friedman. Ha seguido una política de prudencia monetaria, austeridad fiscal, privatización y apertura al comercio internacional. Bajo la tutela espiritual de Friedman logró México salir del estatismo y del populismo. Pero ahora las condiciones mundiales han cambiado. Nos encontramos en una depresión económica generalizada y ya no en época de expansión. Para ponerlo en términos médicos, México tuvo un largo período de gastar más de lo que tenía, de *diarrea financiera* que combatió usando las medicinas recetadas por el Dr. Friedman. Pero hoy la enfermedad mexicana no es la diarrea económica sino el estreñimiento. Las recetas de Friedman no son las adecuadas. Ahora hay que buscar en los libros de Keynes las medicinas para combatir el estreñimiento que padece la economía mexicana.

J.S.: ¿Quiere esto decir que ha llegado el momento de que México cambie de dios porque el que hemos invocado tantos años no sirve ante los nuevos problemas?

A.S.: Me preocupa un poco la tendencia de las autoridades mexicanas a seguir pateando enemigos moribundos. Ante esta estatua recientemente han pasado jóvenes economistas del sector público, con admirables credenciales académicas, que se jactan de que México ya triunfó sobre los problemas de una deuda exterior irresponsablemente contraída y mal invertida. Se ufanan de que la inflación, si no muerta, está agónica. Muchos insisten que el futuro presidente de México metafóricamente continúe adorando a Friedman. Pero creo que nada se gana con dar puntapiés a enemigos caídos. México tiene bastantes enemigos vivos: problemas estructurales, permanentes y no resueltos; un ritmo de crecimiento del PIB que es insuficiente para influir sobre la desocupación acumulada y para restablecer expectativas satisfactorias de mejoría futura. Creo que hace falta invocar la inmediata ayuda del dios Keynes para salir de la depresión. Si no se quiere cambiar de médico, cuando menos hay que cambiar de medicina.

J.S.: Seguramente la depresión es transitoria y será vencida. Pero mencionaste que México tiene además problemas históricos, "solidificados", de pobreza estructural, que no disminuyen sino que se reciclan. ¿Crees que estos problemas puedan ser resueltos con más privatización y más apertura comercial, con la promoción de la economía de mercado y austeridad financiera continuada?

A.S.: Francamente no. Nadie ha sido más ferviente partidario que yo de la economía de mercado. Pero lo que sucede en el mundo y el rezago que observo en el desarrollo de muchos países me ha hecho repensar el problema. Todas las políticas que tú has mencionado son importantes. Si viviera hoy, escribiría otro libro que titularía *Riqueza para las nuevas naciones* o bien *La verdadera riqueza de las naciones*.

J.S.: Ambos títulos son fascinantes. ¿Qué temas cubrirías, y qué consejos darías a las naciones rezagadas en su desarrollo?

A.S.: El éxito de los países de la Cuenca del Pacífico nos debe señalar algunos rumbos. Hace 25 años Corea del Sur tenía un ingreso per cápita inferior al de Guatemala; hoy es diez

veces mayor. Ambos son territorios con escasos recursos naturales. *La gran diferencia es la calidad adquirida por su capital humano*. Corea del Sur, y no hablemos de Japón, tiene una población alfabetizada en 98%. El nivel escolar en todas sus etapas es alto y sigue subiendo. Me preocupa el enorme atraso educacional de México. Sólo una tercera parte de su potencial demográfico está dentro del sistema educativo. El desperdicio humano es enorme. Un mexicano que estuvo aquí hace poco me dijo con orgullo que con una reciente reforma constitucional México había hecho obligatoria la educación secundaria. Lo congratulé pero recordé haber oído lo mismo hará 150 años cuando un visitante me dijo que un emperador interino llamado Maximiliano había decretado la obligatoriedad de la enseñanza secundaria e incluso propuso sanciones penales para los padres de familia y empleadores que no metieran a los niños a las escuelas. La enseñanza primaria ha sido obligatoria en México desde hace mucho y ahora la secundaria también lo es. No bastan reformas constitucionales para convertir las buenas ideas en realidad. Estupendas ideas ambas, pero hasta hoy el resultado es magro. México no tiene un nivel educativo adecuado a las necesidades y obligaciones que exige la economía moderna.

J.S.: ¿No crees que se resolverá nuestro problema con la educación básica masiva que ahora se propone?

A.S.: Como en tantas otras cosas el juez implacable es el calendario y el reloj. No creo que en el tiempo disponible, ante las urgencias sociales internas y externas, México pueda esperar una o dos generaciones para que la educación general elimine el atraso. Es el momento de *adicionar* a la educación masiva, que será benéfica a largo plazo, un sistema educativo paralelo. Puede ser desarrollado y financiado con la cooperación de empresas y gobierno. Se necesita una educación cortoplacista etiquetada, dirigida y enfocada para resolver problemas específicos de capacitación técnica dentro de las empresas. No es cuestión de producir más o menos médicos, filósofos o politólogos. Dejen eso a la educación general. Se trata de capacitar una a una, empresa por empresa, a las personas que trabajan para que rápidamente puedan producir más, ganar más, ascender no sólo dentro de la empresa sino en la escala social y competir con éxito en el nuevo entorno internacional. No es viable concurrir en el mundo sólo con salarios bajos; hay que competir con base en capital humano eficiente, educado, capacitado, apto para aumentar su productividad y asimilar nuevas tecnologías. La verdadera riqueza de las naciones es el nivel educativo de su población.

J.S.: Mencionaste el éxito de los países de la Cuenca del Pacífico en desarrollar nuevas industrias que triunfan en la competencia internacional. La educación masiva y la educación enfocada han sido ambas importantes; y son prueba de que el mercado solo no es suficiente para lograr el desarrollo. ¿Qué otra cosa han hecho los nuevos tigres que nos falta a nosotros?

A.S.: Tú sabes que nadie es más partidario de la iniciativa privada que yo. Pero quiero subrayar que México necesita, además del mercado, una política industrial afirmativa. El gobierno tiene la obligación y la necesidad de crear la infraestructura adecuada para que el país pueda transitar del autoabasto al empresarismo y al mercado. Esto requiere una política que se anticipe un poco a los hechos. La política industrial tiene que ser afirmativa, pero también anticipativa.

J.S.: Mencionaste, Adam, que entre otras cosas era necesario reinvocar al dios Keynes y contrarrestar la contracción de la demanda con más gasto público. ¿No crees que un mayor gasto público pueda reabrir las puertas a la inflación?

A.S.: El caso de México es curioso. Durante varios años ha venido reduciendo su déficit fiscal, y el gobierno opera con números negros. Sin embargo la inflación no desaparece y continúa en dos dígitos. La inflación mexicana tiene su origen no en la cantidad de gasto público, en su calidad. El gobierno gasta menos de lo que recibe, pero lo que gasta en parte genera ingresos y demanda que no tienen contrapartida en mayor producción de bienes y servicios reales. Parte del gasto público es inflacionario aunque no sea deficitario; ha de ser gasto improductivo. Un joven funcionario mexicano estuvo aquí hace poco y se jactaba de las bondades de un programa llamado "Solidaridad". Me habló de que atenúa las presiones de la extrema pobreza en sectores de la población. Le pedí que me dijera qué proporción del presupuesto federal se destina al PRONASOL. Contestó que no estaba muy seguro, pero que creía que era alrededor del 4% del total. Pregunté que de esta enorme cantidad cuánto era *gasto táctico* para mitigar problemas urgentes o conseguir votos, y cuánto podría considerarse *gasto estratégico* destinado a incrementar la capacidad productiva del país. Le sorprendió mi pregunta porque él consideraba que todo gasto público era igualmente importante en su gasto inflacionario. Pero como tú sabes, la realidad macroeconómica es otra. El *gasto táctico*, por conveniente que sea, hace poco para aumentar la producción del país. Gana batallitas, pero no la guerra. El *estratégico*, el que se destina a infraestructura u obras productivas de beneficio permanente, tiene otro cariz. Yo sospecho que el problema inflacionario de México es la improductividad de parte del gasto público. Es *táctico*, no *estratégico*; genera demanda, no productos.

J.S.: Finalmente, Adam, tú que tantos años has estado informado del flujo de la economía ¿nos podrías decir algo acerca del papel que juega el tiempo en el desarrollo de los países?

A.S.: Tu pregunta sobre el tiempo me intriga. El "tiempo" y su transcurso se puede medir con precisión sólo en la astronomía. En la sociedad no hay tiempo absoluto, único, ni reloj universal. Cada país, cada empresa y cada individuo tienen su propio "tiempo". En general te puedo decir que todos los relojes del mundo caminan hoy más aprisa. No sólo ecología y población se aceleran; también se mueven más rápido la información, la tecnología y, sobre todo, las finanzas. La "mano invisible" que yo describí en *La riqueza de las naciones* opera a control remoto en la economía global de hoy. Actúa a distancias y velocidades deslumbrantes. Los cambios tecnológicos que antes tomaban siglos o decenios para impactar al mundo hoy lo hacen en días. Oferta y demanda envían sus mensajes por encima de mares y continentes. Los movimientos financieros, el traslado de recursos líquidos de un lugar a otro, es instantáneo. La televisión nos da a todos, ricos y pobres, vecinos distantes y cercanos, imágenes que nos afectan simultáneamente. Las presiones políticas son contaminantes. Esta aceleración generalizada de los relojes sociales es de especial importancia para los países que, como México y muchos de la América Latina, tienen rezagos educativos, tecnológicos e informativos que si no son eliminados pronto y deliberadamente los sumirán más en el atraso.

Lo esencial hoy es estar conscientes de la aceleración de ritmos; no vivir en el pasado y tratar de anticipar las macrotendencias mundiales. A México se le han ido demasiados barcos, trenes y aviones en su vida como nación. Mi consejo amistoso a su futuro presidente es que mire hacia adelante y no se deje amarrar por mitos pretéritos, ídolos muertos y políticos retrovidentes. México tiene que afirmar su identidad cultural incorporándose al progreso y no sólo repasando su historia. El tiempo presiona como nunca, pero si el nuevo presidente es realista y *eclectico* podrá lograr que el país recupere su atraso y avance al ritmo acelerado que el mundo lleva. Tu país necesita una sabia simbiosis de mercado productor y estado promotor.

J.S.: Gracias, Adam, por brindarme el fruto de lo que has aprendido en dos siglos. La Revolución Mexicana ha sido ideológicamente acogedora. Con sus mismos lemas México ha sido estatista y proteccionista, neoliberal y libre cambista. Confío que nuestra maravillosa bandera revolucionaria, que ha abrazado tantas tesis distintas y hasta contradictorias, podrá dar cabida a la ideología o ideologías que nuestro desarrollo exige. Ojalá el abandono del monetarismo económico y político sea definitivo y que México pueda libremente invocar a los nuevos dioses que necesita para lograr el progreso. La próxima vez que nos veamos te platicaré, y haré la pregunta importante que hoy se me olvidó: ¿Por qué los hombres escoceses usan falda? □



Octavio Paz